

Capítulo tercero

Movimientos migratorios

Alejandro Macarrón Larumbe

La tradicional emigración española hacia América durante los años finales del siglo XIX se mantuvo durante el primer tercio del siglo XX. Se calcula que entre 1880 y 1930 más de tres millones de españoles se fueron al continente americano. En torno al censo de 1920 se calcula que un millón de ellos residían en países iberoamericanos, mientras que en esas fechas tan solo residían en España 76.000 extranjeros.

La emigración española pronto pasó a ser más europea y menos transoceánica. En efecto, al inicio del siglo (Censo francés de 1901) se contabilizaron en Francia 80.500 españoles, que diez años después (Censo francés de 1911) eran 106.000 y la corriente migratoria española hacia Francia se intensificó tras estallar la Gran Guerra (1914-1918).

Muchos españoles aprovecharon la política de puertas abiertas del Gobierno francés, preocupado, sin duda, por la falta de brazos causada por la masiva movilización militar y así, según los datos oficiales franceses, desde enero de 1916 a marzo de 1918 (27 meses) hubo en Francia 220.000 entradas de asalariados españoles. El núcleo más numeroso (más del 20 %) de emigrantes a Francia provenía de las provincias valencianas y de Murcia.

Al final de la Gran Guerra (1918) más de 250.000 españoles estaban instalados de forma permanente en Francia, pero más tarde, ya en el periodo 1931-1936 y a causa de la Gran Depresión, se produjo una fuerte caída en la emigración española hacia Francia, de suerte que en el inicio de la Guerra Ci-

vil (1936) el número de españoles que vivía en Francia (255.000) era apenas superior a los contabilizados en 1921.

En los treinta años posteriores a la Guerra Civil, la población española pasó de los 26.386.854 habitantes contabilizados en el Censo de 1940 (31 de diciembre) a los 34.041.531 del 31 de diciembre de 1970. En 1950 se contabilizaron 28.172.268 habitantes y 30.776.935 en 1960.

En la inmediata posguerra hubo fuertes restricciones a la salida de españoles al extranjero y especialmente a Francia¹, pero la emigración hacia ese país se reanudó durante el quinquenio 1956-1960, cuando la economía francesa se vio obligada a complementar sus efectivos laborales, a causa de la incorporación al trabajo de una serie de generaciones «vacías» y también a la guerra de Argelia. Por su parte, la economía española, frenada por la estabilización monetaria, se vio impelida a liberar los brazos sobrantes y así la emigración exterior española creció a raíz del Plan de Estabilización (1959), y lo que antes había sido una emigración transoceánica se convirtió en una fuerte salida de trabajadores hacia el entorno europeo. América quedó así en segundo plano ante una poderosa corriente intraeuropea y España fue, después de Italia, el principal partícipe en esa nueva emigración.

Hacia Europa

En el censo francés de 1960, cuando apenas se había iniciado la emigración española masiva hacia Europa, los españoles en Francia eran 394.389 y constituían el grupo extranjero más numeroso después de los italianos: concretamente, los españoles representaban el 21,5 % de todos los extranjeros residentes en Francia.

Este nuevo ciclo migratorio español se caracterizó por rebasar el área francesa y extenderse a otros países vecinos: a Alemania en primer lugar, pero también a Suiza, a Austria, a los Países Bajos y a Bélgica. Los años con máxima emigración española fueron: 1962 a Francia (63.500 emigrantes), 1965 a Alemania (65.100 emigrantes) y 1969 a Suiza (56.280 emigrantes). Los motivos de atracción eran idénticos en todas partes: el desarrollo económico, la baja natalidad europea en los años anteriores a la II Guerra Mundial y el aumento del nivel educativo, que prolongó la escolaridad retrasando en Europa Occidental la edad de incorporación a la vida activa.

El ciclo de auge económico que se produjo en Europa fue capital para el éxito del propio Plan de Estabilización español. De hecho, la emigración española se convirtió, en un cortísimo periodo de tiempo, no solo en el mayor flujo anual de entradas en Europa, sino que el número de españoles residentes en países europeos empezó a ser muy notable.

¹ García Fernández, José: La emigración exterior de España. Barcelona, 1965.

Durante el quinquenio 1960-1964 se produjeron 388.674 salidas (permanentes y temporales) a través del Instituto Español de Emigración (IEE), cantidad que superó ampliamente a la de los emigrantes transoceánicos durante el mismo periodo (168.000). La proporción de varones dentro de la emigración europea era muy superior (86,5 %) a la observada en los emigrantes transoceánicos (56,6 %). El 99,2 % de los emigrantes españoles hacia Europa estaba en las edades 15 a 54 años (el 77,3 % entre los emigrantes transoceánicos).

En aquella época se hablaba en los medios oficiales de «emigración para el pleno empleo»; más tarde se habló de «la planificación y la movilización de los recursos humanos de la forma más productiva, en su empleo fuera de nuestras fronteras»². Desde las esferas oficiales, la emigración se presentaba como una emergencia, sin embargo, pronto se convirtió en un rasgo permanente de la economía española, ya que, además del señalado efecto de válvula de seguridad en el empleo, las remesas de los emigrantes fueron también una relevante fuente de divisas para el país.

Si la emigración exterior fue notable durante la larga posguerra, mucho más significativos fueron los movimientos migratorios internos. Basta para demostrarlo con saber que en 1940 vivían en ciudades mayores de 500.000 habitantes 2.170.000 españoles y en 1975 eran 6.768.000, pasando de un porcentaje de 8,3 sobre la población total al 18,9.

Inmigración

En 1976, los extranjeros residentes en España no llegaban al 0,5 % de la población. Desde 1991, y durante 20 años, como se comentó anteriormente, las cosas cambiaron drásticamente de signo, con la llegada neta de seis millones largos de extranjeros y españoles procedentes del exterior, en especial en los años de mayor expansión del mercado inmobiliario, desde 2001 a 2007. A principios de 2016, según datos del INE, la población residente en España y nacida en el extranjero era un 13 % del total (13,2 % según el padrón municipal, y 12,7 % según las estimaciones de población del INE). De ellos, la inmensa mayoría son inmigrantes por razones laborales. En general, se trata de población más joven que la española autóctona. Según datos del INE basados en el padrón municipal, en enero de 2016, los españoles residentes en España (incluyendo a los inmigrantes con doble nacionalidad) tenían una media de edad 7,9 años más elevada que la de los extranjeros.

En cuanto a los flujos migratorios con el exterior, se pueden distinguir las siguientes etapas:

1ª.-De 1975 a 1981 se produjo una ligera llegada neta de población procedente del extranjero —menos de 10.000 personas al año—, que en una parte

² Álvaro Rengifo, director del Instituto Español de Emigración.

eran españoles que en el pasado habían emigrado a otros países y que retornaban a España.

2ª.-De 1982 hasta 1990 salieron de España entre 20.000 y 40.000 personas más de las que ingresaron.

3ª.-Desde 1991 hasta 2011, el saldo migratorio con el exterior —siempre según los datos oficiales del INE— fue positivo, con tres subetapas claramente diferenciadas:

- Desde 1991 a 2000, osciló entre 110.000 y 156.000 personas al año.
- En 2001 este saldo se incrementó de manera sustancial, al llegar a 322.000 personas, dando inicio al gran boom de inmigración que acompañó a la fuerte expansión del mercado inmobiliario español en aquellos años. Entre 2002 y 2007, los flujos migratorios netos anuales oscilaron entre 634.000 y 776.000 personas.
- En 2008, al inicio de la crisis económica, se produjo un saldo migratorio positivo considerable, pero muy inferior al de los años previos, al pasar de 776.000 personas en 2007 a 436.000 en 2008. Y entre 2009 y 2011 se redujo drásticamente, hasta 66.000 personas en este último año.

4ª.- Entre 2012 y 2015, el saldo migratorio fue negativo —principalmente por la salida de España de inmigrantes y de españoles en busca de oportunidades laborales—, alcanzando un nivel de -251.000 personas en 2013. En 2015 ya fue casi nulo (menos de 1.800 personas de saldo negativo)³.

5ª.- En 2016 volvió a ser positiva (ver Figura 3.1).

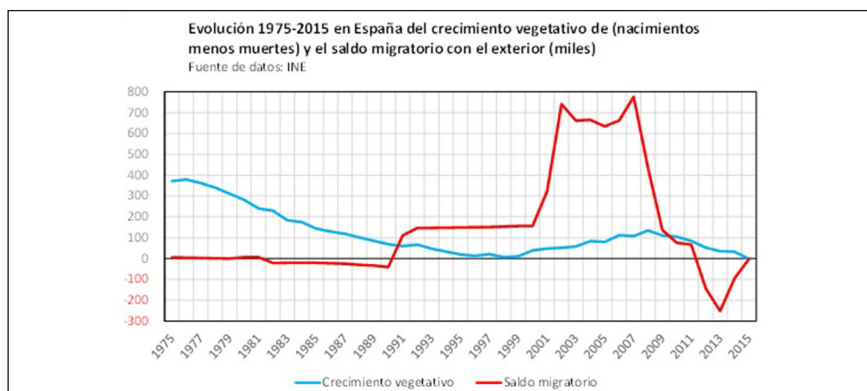


Figura 3.1. Evolución 1975-2015 en España del crecimiento vegetativo y el saldo migratorio.

³ Su escasa magnitud en 2015 se debió a que la salida neta de población de España en edad laboral típica, de 20 a 64 años (24.809), fue casi compensada del todo por la llegada neta de menores de 20 años (21.700) y mayores de 64 años (1.347). A su vez, la salida neta de población de 20 a 64 años de España, en 2015, se debió exclusivamente a los españoles de nacimiento que emigraron (unos 25.600 más que los que retornaron a España ese año), ya que en 2015, en sintonía con la mejora de la economía, hubo un ligero ingreso neto en España de población laboral nacida en el extranjero (en volumen neto, unas 800 personas).

A comienzos de 2016, el desglose por continente de nacimiento y principales nacionalidades de los residentes de origen extranjero era el siguiente (ver figura 3.2):

- Un 39 % eran de origen americano. De ellos, un 91 % latinoamericanos.
- Un 36 % eran de origen europeo. De ellos, un 42 % eran europeos occidentales (entre los que la colonia británica es la más numerosa), un 29 % eran rumanos y un 6 % búlgaros.
- Un 18 % eran de origen africano. De ellos, un 71 % eran marroquíes, un 6 % argelinos y otro 6 % senegaleses.
- Un 7 % eran de origen asiático, siendo un 43 % de ellos chinos, un 19 % pakistaníes, un 11 % filipinos y un 10 % hindúes.

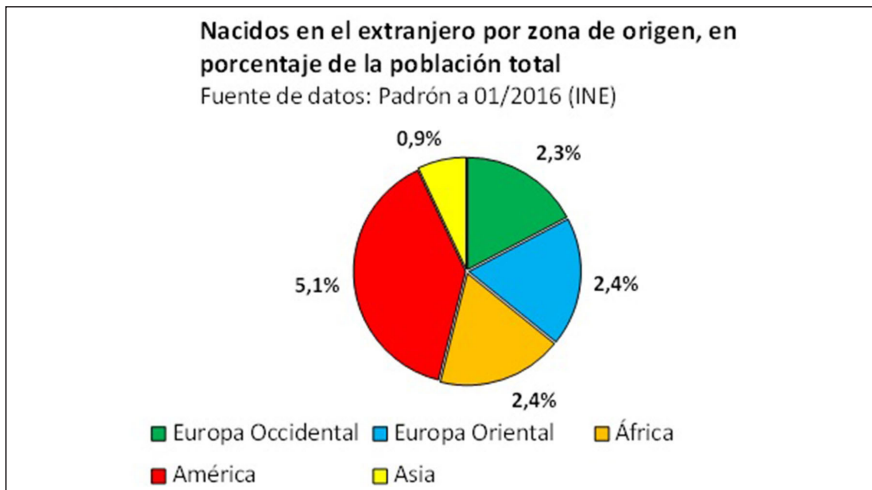


Figura 3.2. Zona origen nacidos en el extranjero sobre porcentaje total.

Los habitantes de España de origen foráneo y/o padres extranjeros son particularmente numerosos en dos segmentos de población muy relevantes: la gente en edad laboral —sobre todo, por debajo de los 50 años—, y los niños.

En cuanto a población en edad laboral, entre los residentes en España de 20 a 59 años —siempre según el INE— a mediados de 2016 casi el 18 % había nacido en el extranjero, un porcentaje que llegaba al 30 % en el caso de Baleares, al 24 % en Madrid, al 23 % en Canarias y Cataluña, 21 % en Murcia, 20 % en la Comunidad Valenciana, y 19 % Aragón, Navarra y La Rioja.

Con relación a las nuevas generaciones, alrededor de un cuarto de los niños menores de 6 años en España son hijos de inmigrantes. Entre 2008 y 2015, en media, la madre de un 22,9 % de los nacidos en España es una mujer que nació en el extranjero, según datos de Eurostat. A esos nacimientos de padres inmigrantes hay que sumar los niños que emigraron a España con sus padres, los cuales ascendían al 2,9 % de la población residente menor de diez años, y al 4,6 % de la menor de quince años, según las estimaciones del

INE. Y en no pocas provincias, el porcentaje de hijos de extranjeros —nacidos en España, o criados en nuestro país tras llegar a él de muy pequeños, junto con sus padres inmigrantes— supera el 30 % e incluso el 40 %, rozando el 50 % en Gerona, seguida muy de cerca por Lérida y Almería.

La Encuesta Nacional de Inmigrantes (ENI)

Como ya se ha dicho, con el impulso económico que trajo consigo la entrada de España en las instituciones europeas (1 de enero de 1986), el signo migratorio cambió, de suerte que en vísperas de la crisis, concretamente el 1 de enero de 2007, se contabilizaron en España 4.526.522 personas que habían nacido en el extranjero.

En esa fecha (1-1-2007) se dató la Encuesta Nacional de Inmigrantes (ENI), que realizó el INE con un notable despliegue estadístico y con dos objetivos principales:

1) Generar una información básica sobre la comunidad de inmigrantes presentes en España en el momento de llevarse a cabo la Encuesta, incluyendo:

- Características sociodemográficas fundamentales.
- Las condiciones de vida y situación socioeconómica de la comunidad de inmigrantes; en particular, la situación actual de vivienda y su situación laboral (ocupación, pluriempleo, temporalidad en el trabajo, ingresos, etc.).

2) Contextualizar la experiencia inmigratoria en cuanto al peso que tienen las redes de llegada a la hora de influir en las decisiones y estrategias que arbitran los propios inmigrantes —la definición de esas redes se basa fundamentalmente en la relación con el grupo familiar—. La encuesta pretendía también obtener información acerca de las relaciones que mantienen los inmigrantes con sus países de origen (remesas, contactos, etc.), y entre sí en España, así como sus estrategias a medio plazo.

Los resultados de la ENI fueron, sintéticamente, los siguientes:

Solo el 15,3 % de los cuatro millones y medio habían llegado a España antes de 1987 y el 70,1 % lo había hecho después de 2001.

La edad media de los nacidos en el extranjero era en el momento de la encuesta de 38,4 años y el 47,8 % eran mujeres frente al 52,2 % de varones. Su distribución según su cualificación era la siguiente: 295.000 (el 6,5 %) eran desocupados de 65 años y más (casi todos jubilados), 378.000 (el 8,3 % del total) eran personas de 16 a 64 años con estudios superiores y ocupadas en cargos de alta remuneración y 3.854.000 (el 85,1 %) de todos los nacidos en el extranjero eran inmigrantes en sentido estricto.

La minoría mayor, 1.788.000 (el 39,4 % del total) eran de origen iberoamericano (de ellos, el 54 % mujeres), en segundo lugar, 1.507.000 eran nacidos

en el resto de la UE y en tercer lugar, 606.000 procedían del Magreb. El hecho de que una buena parte de los inmigrantes fueran iberoamericanos propició una rápida integración socioeconómica, que se comprobará en los indicadores que a continuación se comentan.

El 16,1 % de los inmigrantes ocupados en el momento de la encuesta había llegado a España con contrato previo y el 42,4 % encontró trabajo antes de un mes. Solo el 10,2 % tardó más de un año en encontrar trabajo. Esa rápida integración laboral no hizo sino subrayar el «atractivo» que para los futuros inmigrantes tenía en aquellos años una economía como la española.

De los inmigrantes ocupados, el 19,3 % lo estaba en la Construcción, el 13,2 % en la Hostelería, el 12,7 % en el Comercio y el 9,4 % en el Servicio doméstico (ese trabajo doméstico ocupaba al 35,3 % de todas las mujeres inmigrantes).

El 61,4 % de los inmigrantes ocupados tenía un contrato laboral indefinido. Proporción que llegaba hasta el 81,8 % entre los varones con alta cualificación. Quienes tenían un contrato laboral indefinido llevaban —de media— 61,4 meses (algo más de cinco años) en el último empleo, duración que bajaba a 16,8 meses entre los contratados temporalmente. Estos datos sobre la estabilidad en el empleo subrayan los cambios hacia peor que provocó la crisis a partir de 2008.

Las menores proporciones de contratos indefinidos eran de los inmigrantes de origen magrebí (el 45,1 % de ellos) y los subsaharianos (47,6 %).

Los nacidos en el extranjero ocupados en el momento de la encuesta trabajaban semanalmente 3 horas y 34 minutos menos de lo que declararon trabajar en el país de partida. Allí trabajaban 44,73 horas semanales y ya en su primer empleo español consiguieron alguna reducción (44,25 horas semanales), pero la mayor parte de la reducción la consiguieron después del primer trabajo en España (de 44,25 horas semanales al llegar pasaron a 41,16 horas en el trabajo actual).

El 47,4 % los nacidos en el extranjero que estaban trabajando en el momento de la encuesta había tenido más de dos empleos en España y el 53,8 % había caído alguna vez en el desempleo. De estos últimos, el 61,8 % estuvo en esa situación tan solo una vez (el 17,4 % dos veces y solo el 4,4 % más de cinco veces).

El 63,1 % de los inmigrantes no había cambiado de municipio de residencia, proporción que, lógicamente, bajaba al 50,3 % entre aquellos nacidos en el extranjero que llevaban más de veinte años residiendo en España. En esos años, la movilidad geográfica de los españoles alcanzó mínimos históricos y estos datos sobre los inmigrantes no hacen más que subrayar un fenómeno que tiene mucho que ver con la estructura de propiedad de la vivienda, propiedad mucho más alta en España que en el resto de Europa.

Los foráneos tenían, lógicamente, una movilidad intermunicipal mayor que la de los autóctonos, pero no puede hablarse de una gran inestabilidad territorial: solo el 5,3 % había cambiado más de dos veces de municipio.

El 45,8 % convivía con su cónyuge (el 31,2 % con hijos y el 14,6 % sin hijos). El 24,0 % eran solteros y no tenían hijos.

El 70,9 % de los varones casados nacidos en el extranjero lo estaban con mujeres de su mismo país. Por su parte, el 64,4 % de las mujeres inmigrantes casadas tenían un cónyuge de su mismo país. Ahora bien, dada la breve estancia que, en general, llevaban en España, la exogamia (casados con personas que no eran compatriotas suyas) alcanzaba ya valores notables: del 29,1 % entre los varones y del 35,6 % entre las mujeres. En concreto, más de 360 mil españolas estaban casadas con foráneos y más de 410 mil varones españoles lo estaban con mujeres foráneas.

En otras palabras: el 28,6 % de los varones nacidos en el extranjero que estaban casados lo estaban con españolas y el 37,7 % de las casadas foráneas lo estaban con varones de nacionalidad española. Estos datos ponen de relieve el rápido proceso de integración vivido por los inmigrantes en España. Este proceso "matrimonial" que describía la encuesta de 2007 muestra un nivel de integración vía nupcial envidiable para el resto de Europa.

En el momento de la encuesta había en España casi 2 millones 160 mil viviendas en las que vivía, al menos, una persona nacida en el extranjero. El 38,2 % de esas viviendas estaba en régimen de propiedad y el 40,3 % en alquiler. El 27,3 % de las viviendas era de tipo unifamiliar y el 72,2 % eran pisos o apartamentos. El 54,6 % de las viviendas unifamiliares en régimen de propiedad estaban completamente pagadas y entre los pisos o apartamentos en régimen de propiedad, un tercio estaba ya pagado por completo. Estos sorprendentes datos muestran con gran claridad el «éxito» de la política hipotecaria del sistema financiero español («Compre usted un piso mediante una hipoteca y si le va mal económicamente siempre podrá venderlo más caro de lo que lo compró»). Este fue un argumento comercial irrefutable.

La superficie media de las viviendas en las que habitaba algún nacido en el extranjero era de 75,3 m², con una ocupación de 3,4 personas por vivienda. Se está, por ello, lejos de situaciones de hacinamiento, con la excepción de los asiáticos (20,4 m² y 3,9 personas por vivienda) y, en menor medida, de los europeos no comunitarios (25,5 m² con 3,2 ocupantes por vivienda). El «hacinamiento» residencial de los inmigrantes, tan «denunciado» en aquellos años, fue un mito que los datos nunca avalaron.

El 44,9 % de los nacidos en el extranjero tenía como lengua materna el español y el 58,3 % de aquellos cuya lengua materna era distinta del castellano declaró hablar bien o muy bien el español. Solo el 14,5 % de los inmigrantes en sentido estricto de lengua materna diferente del castellano declaró no hablar español. Dadas las condiciones de reciente ingreso en España, no parece que a medio plazo este de la lengua hubiera sido o vaya a ser un problema determinante. La inmigración latinoamericana (misma lengua y misma religión) facilitó de manera notable la integración social y, con ella, la buena marcha del fenómeno migratorio en España.

Aunque la fecundidad en los países de nacimiento fuera, en términos generales, mucho más alta que la de España, no resulta arriesgado predecir que la fecundidad de las mujeres nacidas en el extranjero que ya residen en España se parecerá cada vez más a la fecundidad de las mujeres autóctonas. Es preciso tener en cuenta, además, que entre las mujeres nacidas en el extranjero de la generación de 1957 o más jóvenes, con su ciclo fecundo concluido, los índices reproductivos apenas alcanzan el nivel de reposición (2,05 hijos por mujer).

Los hijos de los nacidos en el extranjero de entre 4 y 16 años (edades de escolarización obligatoria) iban a la escuela en el momento de la encuesta. De hecho, el 97,5 % estaba escolarizado y el 91,6 % decía hablar bien (el 20,4 % o muy bien (el 71,2 %) el idioma español.

Estas cifras suben al 92,3% (que lo hablan bien o muy bien) entre los muchachos mayores de 16 años (el 76,8 % de ellos dijo hablarlo muy bien).

El 30,9 % de los chicos y chicas hijos de inmigrantes en sentido estricto estaba escolarizado cumplidos ya los 17 años. Tasa de escolarización que subía al 72,9 % entre los hijos de nacidos en el extranjero cuyos padres tienen un alto nivel de cualificación.

En la misma línea de una buena integración y acogida hablan estos datos de escolarización. Ni guetos ni diferencias sociales insalvables. Eso es lo que puso de manifiesto la ENI, un esfuerzo estadístico por parte del Estado que echó por tierra muchos mitos pesimistas.

Solo el 17,2 % de los magrebíes llegados a España después del año 1990 no había viajado nunca a su país. Esa proporción subía —con la distancia— al 46,1 % de iberoamericanos y al 56,1 % de subsaharianos.

Casi la mitad de los nacidos en el extranjero (el 48,8 %) enviaba dinero a sus países de origen. Lo hacía el 65,7 % de los subsaharianos, el 58,2 % de los latinoamericanos, el 54,1 % de los asiáticos, el 52,8 % de los magrebíes.

Sabiendo que entre los nacidos en el extranjero había, según la encuesta, una proporción de 25,2 % de inactivos, el esfuerzo de las remesas no era menor, sobre todo si se tiene en cuenta que quienes enviaron dinero a sus familias lo hicieron en una cantidad media de casi 2.000 euros anuales. Más de 2.300 euros los asiáticos y 2.180 euros los iberoamericanos.

En fin, el retrato que la ENI hizo de este colectivo de cuatro millones y medio largos de nacidos en el extranjero que residían en España en el momento de la encuesta dista mucho de describir una población marginalizada. Al contrario, la ENI contempla una población instalada recientemente pero abriéndose paso —no sin gran esfuerzo— en busca de una vida mejor. Además, con un grado de integración social, laboral, habitacional y educativa que sería considerado envidiable en países como Francia.

Cambio de signo

La crisis (comenzada en 2008) echaría por tierra en toda Europa y especialmente en la Europa mediterránea muchos de los indicadores socioeconómicos que venían marcando una trayectoria positiva y prometedora. En el campo demográfico y concretamente en España, el mayor cambio lo iban a sufrir precisamente las migraciones, aunque, como suele ocurrir, la demografía se mueve con lentitud. Así, al inicio de 2010 todavía un 13,5 % de los residentes en España había nacido en el extranjero y el 1 de julio de 2016, con la crisis ya atemperada, la población española marcó un máximo: 46.468.000 habitantes. Sin embargo, según algunas estimaciones, desde finales de 2008 hasta el primer semestre de 2016 (1-VI-2016) habían salido de España 3.368.000 personas.

Antes de seguir adelante, conviene saber que los datos sobre flujos migratorios dejan mucho que desear. Lo ha descrito la investigadora del CSIC Amparo González Ferrer⁴: todas las cifras españolas sobre flujos migratorios se basan directa o indirectamente en las altas y bajas padronales. En el caso de los extranjeros, las bajas por caducidad y por inclusión indebida permiten medir, aunque sea con cierto retraso, la marcha de extranjeros desde España a otros destinos, aunque marchasen sin comunicarlo a su oficina padronal. En cambio, para los españoles no hay bajas de oficio. Por tanto, los datos oficiales sobre emigración española están basados exclusivamente en las bajas padronales, que se producen solo si los emigrados se dan de alta en los consulados de España en el exterior. Y sabemos que esta inscripción a menudo no llega a producirse aunque la persona pase años viviendo fuera.

El motivo es muy simple: no hay prácticamente nada que te impida llevar una vida normal y plena en el extranjero aunque no te inscribas. La inscripción apenas conlleva beneficios (ni siquiera te asegura que puedas ejercer el voto por correo, ya que con cierta frecuencia la papeleta no llega a tiempo) y además los costes de inscribirse son altos. En primer lugar, es necesario desplazarse a la ciudad donde se encuentre el consulado, que puede estar a cientos de kilómetros de donde vive el emigrante y, en muchos casos, solo abre por las mañanas. Y en segundo lugar, la inscripción como residente en el extranjero conlleva tu baja en el Padrón en España, por lo que no tendrás médico de cabecera al que acudir cuando regreses de visita, no podrás seguir inscrito como posible beneficiario de una vivienda de protección oficial, ni tampoco podrás votar en las municipales de tu pueblo o ciudad. Por si esto fuera poco, inscribirte como residente no depende solo de que quieras hacerlo, sino de que puedas acreditar que trasladas allí tu residencia habitual de forma permanente. Para ello generalmente se te exige un permiso de trabajo de al menos un año de duración, requisito que muchos españoles no cumplen en el momento de su llegada, sino meses o años después.

⁴ *La nueva emigración española*. Fundación Alternativas. 2013.

Las consecuencias de todo ello son obvias: las cifras anuales del PERE (Padrón de Españoles Residentes en el Extranjero), del CERA (Censo Electoral de Residentes Ausentes) o de la EVR (Estadística de Variaciones Residenciales) no permiten elaborar un indicador preciso ni de cuántos españoles se marchan ni de en qué momento lo hicieron. Son solo una muestra pequeña de la gente que se ha ido en los últimos dos, tres, cuatro o cinco años. Además, estas deficiencias en la contabilización de la emigración española se acentúan cuando el destino son otros países de la UE, dadas las facilidades y garantías de circulación y residencia ofrecidas a los españoles como ciudadanos comunitarios que hacen aún menos atractiva la inscripción en el Consulado.

Es importante aclarar que la baja calidad de nuestras cifras para entender los cambios de intensidad, composición y tendencias de la emigración española no se deriva de la falta de pericia técnica del INE, pues el INE se limita a «limpiar» y publicar los datos que recogen los consulados siguiendo las instrucciones del Real Decreto en que se regula la gestión del Padrón de Españoles Residentes en el Extranjero (PERE), que obliga a contabilizar como emigrante solo a quien puede demostrar que vivirá al menos un año en el extranjero y decide inscribirse. Por tanto, es al Gobierno a quien corresponde adoptar una definición diferente de emigrante, al menos con fines estadísticos.

Obviamente, no todos encajarían en lo que se denomina «fuga de cerebros», ni todos se van a quedar fuera para siempre. Averiguar cómo son y cuándo vuelven, si lo hacen, quienes se marchan resulta fundamental para entender el fenómeno, valorar sus posibles efectos para el país y, llegado el caso, actuar en consecuencia.

Es evidente que la emigración de españoles, sin ser masiva, aumentó con y por la crisis. Y además que lo está haciendo a un ritmo muy superior al que sugieren las cifras españolas. En una estimación conservadora, el número de españoles que se marcharon entre 2008 y 2012 podría estar en torno a las 700.000 personas, más del triple de lo que contabilizan las fuentes oficiales.

La crisis ha modificado ligeramente el perfil de los migrantes y sus destinos. A los destinos tradicionales de nuestra emigración como Francia o Alemania, se han sumado el Reino Unido o Ecuador. En este último caso los flujos de salida están protagonizados por inmigrantes naturalizados como españoles que retornan a su país de origen. Las salidas hacia el Reino Unido, nuestro principal destino en la actualidad, no solo no han dejado de crecer sino que lo han hecho a un ritmo superior que los flujos de todos los demás países del Sur de Europa, lo que nos convierte en el segundo emisor de emigración laboral a Gran Bretaña por detrás tan solo de Polonia.

Con datos del año 2015, seguimos teniendo en nuestro país cerca de tres veces más inmigrantes que ciudadanos españoles residiendo fuera. Así, por

ejemplo, si comparamos los emigrantes españoles en países con mayores posibilidades de trabajo, como Alemania o el Reino Unido, el número de españoles en edad activa en estos países es muy inferior al de los alemanes y británicos en esas edades que residen en España: 170.000 británicos y 147.700 alemanes en edad activa, frente a 168.500 españoles en esas edades que residen en Alemania y el Reino Unido (INE 1 de enero de 2016).

El fenómeno de la emigración de los jóvenes no es exclusivo de los países que peor han soportado la crisis (España, Portugal, Grecia o Italia). Otros países que la han soportado mucho mejor, como Alemania, también están asistiendo a importantes flujos de emigración de sus jóvenes hacia países emergentes no tradicionales, como hasta ahora habían sido Estados Unidos, el Reino Unido, Canadá o Australia.

Según las cifras oficiales, solo el 14,8 % del total de emigrantes salidos de España durante el periodo 2008-2015 tenía nacionalidad española: 475.095 en total, frente a más de 1,1 millones de europeos, 480.000 africanos o 904.000 americanos. Sin embargo, el porcentaje de españoles se eleva de forma notable entre 2014 y 2015, años en los que se incrementan las salidas al exterior de los nacionales españoles y se reducen las de africanos y sudamericanos, tanto en términos absolutos como porcentuales. Según los datos del INE, solo 323.553 de los 475.095 emigrantes, además de tener nacionalidad española, habían nacido en España. Ello sitúa la tasa de emigración de emigrantes españoles nacidos en nuestro país en un 10,1 % de la emigración total durante estos ocho años.

Casi el 70 % de los emigrantes que salieron de España en ese periodo volvieron a sus países de nacimiento. Ello es particularmente evidente respecto a varios países centro y sudamericanos, destacando Ecuador (81 %), Bolivia (87 %), Colombia (85 %), Brasil (84 %), Argentina (77 %), Perú (84 %), Paraguay (90 %) y República Dominicana (81 %), Venezuela (74 %), México (69 %).

Respecto a las causas por las que declaran haber emigrado, la respuesta no ha sido únicamente la crisis. En una pregunta con respuestas múltiples se señalan como razones más importantes para emigrar, entre las relacionadas con la crisis, *Falta de futuro del país* (48 %), *Situación de paro* (30 %), *Mala calidad de vida* (14 %), *Salario bajo* (14 %), *Mala situación política del país* (8 %), o *la búsqueda de un futuro mejor para sus hijos en otro país* (6 %). Pero la situación de desempleo no es el motivo más importante para emigrar. Así, el 52 % de los encuestados manifestaron que estaban trabajando cuando decidieron emigrar y el 47 % tenían un contrato indefinido.

Jóvenes

El Observatorio de la Juventud, dependiente del Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad, realizó en fechas recientes una encuesta a jóvenes españoles (menores de 30 años) residentes en el extranjero, que, muy sintéticamente, arroja los siguientes resultados:

El 68,4 % de los jóvenes españoles encuestados residentes en Europa afirmaban no haberse registrado en el consulado correspondiente. Según los registros consulares, Argentina es el país con un mayor número de migrantes españoles: 385.388, cifra que supone el 20 % del total de residentes españoles en el extranjero a nivel mundial. Una gran proporción de estos residentes en Argentina son personas mayores de 70 años (104.379, lo que supone cerca del 30 % del total). La mayoría de ellos se han nacionalizado por la Ley de Memoria Histórica.

Son muy destacables en cualquier caso los crecimientos anuales medios que se están dando en los últimos años en Brasil y en Chile (del 10,51 % y el 13,23 % respectivamente durante 2010-13).

Aproximadamente tres de cada cinco emigrantes españoles de 2007 a 2013 tienen entre 15 y 29 años.

Cerca de un tercio de los participantes en el estudio salieron al extranjero a completar su etapa formativa, el grueso de los emigrantes espera a terminar sus estudios universitarios para iniciar su proyecto migratorio. La edad media de los jóvenes en el exterior es de 26 años (téngase en cuenta que nuestro trabajo se centra en personas entre 18 y 29 años).

Aunque muchos viajaron solos, la mayor parte viajaron con un acompañante (pudiera ser un amigo o un familiar que les ayuda a establecerse). Debido a su juventud muy pocos tienen hijos, si bien, la mayor parte tienen pareja estable, y de hecho suelen convivir con esa persona. Es digno de señalar que todas las mujeres que tienen hijos se los han llevado fuera de España, sin embargo, no ocurre lo mismo con los varones cuando son padres.

El factor crisis económica ha sido desencadenante de la salida de España y tiene claras repercusiones con la idea de volver. Los jóvenes no terminan de tener claro cuánto tiempo van a permanecer fuera, sobre todo, porque en su mayor parte supeditan el fin del proyecto migratorio a la recepción de noticias positivas sobre la actividad económica en España. En este sentido, los jóvenes en el extranjero tienen una percepción más negativa que los residentes en España sobre la pasada, actual y futura situación económica del país, cuestión que también podría afectar a su decisión de retorno.

En general, los jóvenes creen haber cumplido sus expectativas sobre su futuro personal y laboral durante el periodo de migración. La única cuestión que han tenido que asumir como inevitable es la relativa al salario, una buena parte de los entrevistados pensaba que iba a ganar más dinero del que realmente ha conseguido en el extranjero.

Con respecto al estatus ocupacional, en general los jóvenes creen que emigrar ha sido una buena estrategia, el salto a ocupaciones con más prestigio es evidentemente el trayecto más difícil.

De hecho, algunos jóvenes emigrantes creen en el cumplimiento de sus expectativas y las buenas perspectivas para encontrar otro trabajo «aún mejor» en un plazo de doce meses, influyen en la buena integración de los jóvenes españoles en el exterior. De hecho, los jóvenes emigrantes afirman respetar más las normas y tradiciones de los ciudadanos de los países donde residen que las propias.

El proyecto migratorio de los jóvenes españoles es el resultado de un planteamiento racional de costes-beneficios que los jóvenes llevan a cabo teniendo en cuenta los factores de expulsión en España (*push*) y de atracción (*pull*) en el escenario internacional.

A menudo, el proyecto migratorio se construye inmediatamente después de la finalización con éxito de los estudios superiores. Los titulados universitarios pasan a la siguiente fase de su carrera emigrando y compitiendo sobre la base de lo que han estudiado y del nivel educativo alcanzado.

La emigración puede ser una ocasión para reforzar y especializar el propio perfil profesional a través de más ciclos educativos y de formación (sobre todo máster). Es obvio que el objetivo de esta estrategia es mejorar la propia empleabilidad.

Los encuestados (emigrantes y no emigrantes) se mueven o se han movido en su mayoría en el sector del terciario avanzado (técnicos científicos e intelectuales), tanto en España como en el extranjero. En este mismo sector, la mayor proporción de emigrantes que han participado en el estudio tratan de profundizar en su trayectoria profesional.

En alguna medida, la situación laboral en el extranjero se percibe como más accesible y con más ofertas: en comparación con los que se quedan en España se percibe mayor facilidad para encontrar o cambiar trabajo y menor probabilidad de perder el trabajo conseguido.

Para muchos jóvenes el proyecto migratorio coincide con el planteamiento o el refuerzo del propio proceso de emancipación: la independencia y la autonomía las logran trabajando en el extranjero.

Más de la mitad de los jóvenes encuestados (60 %) conocían el país de acogida previamente. De estos, casi todos habían estado allí como turistas. Sin embargo, el dato más llamativo lo componen el 20 % de ellos, cuyas experiencias anteriores se deben a becas de estudios o a alguna temporada viviendo allí. El 65,35 % de ellos tienen amigos en otros países y el 42,52 % conocía a gente del país.

Prácticamente la totalidad de la muestra piensa que vivir en diversos lugares a lo largo de su vida es una opción enriquecedora.

Los jóvenes emigrantes utilizan las redes sociales mucho menos que las directas, como teléfono y Skype, en su trato con la familia o los amigos españoles. Sin embargo, sí las usan en una mayor cuantía con los amigos extranjeros.

Para los residentes en España con pareja en el extranjero, contactar a partir de conversaciones en el ordenador supera incluso a la telefónica en términos de frecuencia, alcanzando el 94,4 % de los que realizan este tipo de contactos a diario o semanalmente.

Existe un gran número de jóvenes emigrantes españoles que tienen pareja en España y con ella mantienen contacto frecuente. Un 22,2 % lo hace semanalmente y un 17,1 % mensualmente. En cambio, con amigos extranjeros, solo tiene contactos semanalmente un 17,4 % y un 10,8 % mensualmente. Este dato no deja lugar a dudas respecto a lo ya dicho: la mayoría de los jóvenes españoles emigrados no usan las redes sociales con personas del país de acogida.

Con respecto a la posibilidad de irse a vivir al extranjero, un alto porcentaje de los jóvenes españoles encuestados que residen en España expresan tener intención de irse. Así, solo el 2,8 % de ellos desecha la idea de emigrar. Para casi las 3 cuartas partes de ellos (74,9 %) la intención de irse es notable.

En cuanto a las expectativas por las que se irían a vivir fuera, para la mayoría están relacionadas con el ámbito profesional y laboral. El 67,57 % de los jóvenes, señalan las expectativas laborales como la principal motivación para emprender la experiencia migratoria.

La pareja es la persona a la que más se le pregunta por las posibilidades para desplazarse a otro país. Así, el 94,44 % de los jóvenes cuya pareja reside en otro país, han indagado sobre las opciones que tendrían de emigrar.

Los jóvenes se sienten especialmente identificados y cercanos con su región de origen y con la Unión Europea, aunque, curiosamente, cuando comparamos la valoración de la Unión Europea de los jóvenes participantes en el estudio, son los residentes en el exterior quienes la valoran en menor medida que los residentes en España.

La crisis de los refugiados

«Somos una isla de bienestar y el resto del mundo quiere participar del festín. No tenemos alternativa. Si no queremos disparar contra lanchas de refugiados o ver cómo se ahogan en el mar, si queremos mantener nuestra herencia de civilización, tenemos que pensar cómo compartir el bienestar a las dos orillas del Mediterráneo en las próximas décadas».

Ulrique Guérot. Politóloga

Lo que no dice la señora Guérot es cómo hacer lo que ella recomienda.

Se ha repetido que las proyecciones demográficas en Europa señalan como un peligro cierto el envejecimiento. Pero esas proyecciones carecen de capacidad para prever los vaivenes que se suelen producir en los movimientos migratorios (lo hemos visto en España). De esta suerte, lo primero que será

preciso adivinar es lo que va a pasar con los millones de personas que esperan la ocasión para entrar en la UE o en los EE.UU.

El filósofo mexicano Hugo Hiriart ha recordado:

«Caminar, caminar, ir a otra parte. Apenas el mono dio lugar a los “animales astutos que inventaron el conocimiento” (Nietzsche), estos hicieron las maletas y emprendieron el viaje. El humano, dicen los sabios, tiene un solo origen, nació en África y de ahí se desplazó hacia todos el globo. Pobló las selvas, subió al norte frío y cruzó por los hielos a América».

No es difícil llegar a una conclusión: los procesos migratorios forman parte de la naturaleza humana y, sin embargo, corren malos tiempos para la migración. Se alzan barreras a la libre circulación. Abundan las restricciones, las persecuciones (se arresta, confina y expulsa al emigrante) y las travesías se han hecho peligrosas, por todas partes hay muertos en el intento, pero ni así se logra detener a las oleadas humanas.

Lo que no podemos saber es qué magnitud tendrían de no haber tales restricciones y trabas, pero es de prever que fueran mucho más numerosas. En algunos lugares, de modo injusto para la gran mayoría de ellos, se equipara al migrante con el delincuente. Lo cierto es que, aunque la inmensa mayoría de los inmigrantes no delinquen, la población foránea, en conjunto, presenta tasas de delincuencia por 100.000 habitantes muy superiores a las de los naturales del país, España incluida (véase Figura 3.3).

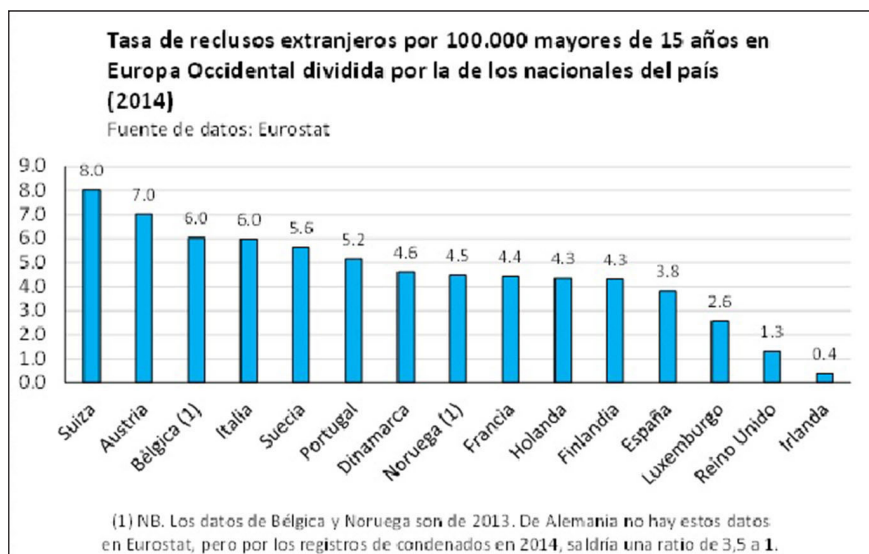


Figura 3.3: Tasa de reclusos extranjeros.

La tendencia natural se ha trocado en drama político. Y el debate es interminable. De hecho, la migración y su dificultad constituyen, en todo el mundo, uno de los grandes temas sociales y económicos de política y social del siglo XXI.

A este respecto, el pensador Michael Dummet sostiene que no hay ningún argumento racional para frenar las migraciones:

«Podrían abrirse las fronteras y, con tránsito ordenado y gradual, permitir que entraran todos los que quisieran, y no pasaría nada (además, los países receptores se verían beneficiados a la larga). La mayoría de los argumentos para obstaculizar y perseguir las migraciones se basa en oscuros prejuicios, temores infundados y odios étnicos o raciales».

Otros analistas sostienen, en sentido contrario, y apoyándose en la ley de la oferta y la demanda, que un incremento sustancial de la mano de obra poco cualificada entraña efectos lesivos para la clase baja y media baja de los países europeos / occidentales, al presionar a la baja los salarios y/o contribuir a que crezcan las cifras de desempleados entre ellos, por la mayor competencia laboral. Y esto, además del malestar social que genera entre los directamente afectados o los que tienen miedo de serlo —malestar que capitalizan electoralmente los populismos extremistas—, en Estados de bienestar como los europeos, implica de paso un mayor coste para los contribuyentes y/o más déficit público, por la necesidad de gastar más dinero público en prestaciones sociales a los parados adicionales, y por el descenso de los ingresos por cotizaciones sociales e IRPF procedentes de los trabajadores afectados negativamente en su salario y/o empleabilidad por esa mayor competencia por los mismos puestos de trabajo.

Pues bien, ni estos razonamientos ni el buenismo de las ONG ni la evidente necesidad de «rejuvenecer» la población europea pueden nada ante el «temor al otro» que los demagogos de uno y otro signo —los que ven en la inmigración extranjera «la madre de todos los males sociales» que afligen a Occidente, de una parte; y los que creen que pueden venir todos los inmigrantes que quieran, cuando quieran y de donde quieran, de otra, por ilustrarlo con las dos posiciones extremas y opuestas en esta materia— están dispuestos a utilizar políticamente.

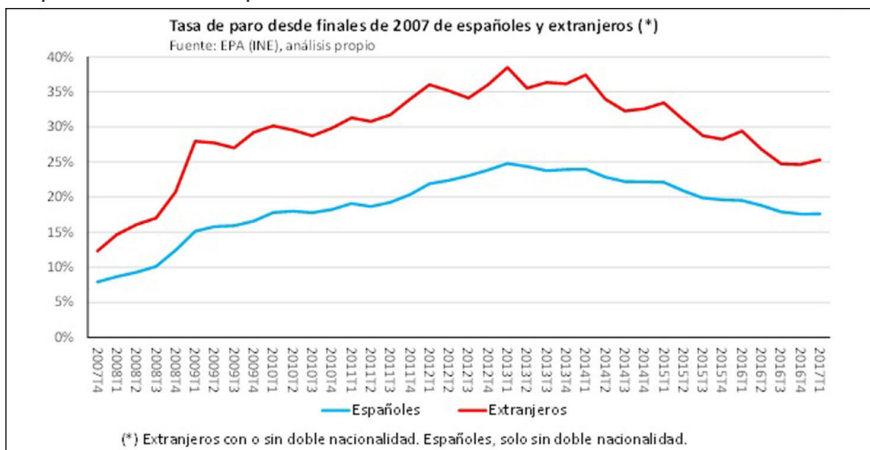


Figura 3.4: Tasa de paro desde 2007 (españoles y extranjeros).

Pues bien, a pesar de tanto discurso y tantos argumentos, la verdad es que hoy en Europa se han unido últimamente otros fenómenos cruzados altamente tóxicos: una vuelta a las andadas en la Europa del Este y, a la vez, una crisis migratoria (o de «los refugiados», llámenla como quieran) de dimensiones que hace diez años serían inimaginables.

La crisis económica que ha infectado a la UE no ha creado «nuevas oportunidades» sino una vieja enfermedad, la que llevó a Europa a dos guerras mundiales, la de los nacionalismos y la de los populismos.

La UE carece de un plan sobre los «refugiados» y se desconoce cómo se va a desarrollar su integración. Un hecho significativo a este propósito es que la respuesta de Merkel a la crisis de los «refugiados» desató un nuevo debate sobre la identidad. El partido *Alternative für Deutschland* (AfD), euroescéptico y cada vez más xenófobo volvió a subir en las encuestas apoyado tan solo en su discurso xenófobo.

No es difícil llegar a una conclusión: corren malos tiempos para la migración. Se alzan barreras a la libre circulación y abundan las restricciones, las persecuciones; las travesías se han hecho peligrosas, por todas partes hay muertos en el intento, pero esas desgracias no logran detener a las oleadas humanas. La tendencia natural a moverse se ha trocado en drama político. Y el debate es interminable. De hecho, la migración y su dificultad constituyen en todo el mundo —como ya se apuntó— uno de los grandes temas sociales y económicos del siglo *xxi*.

También es posible que, simplemente, estemos en unos años o lustros de «pausa», tras décadas de mucha inmigración, y debamos «digerir» (asimilar) en las sociedades occidentales a la población de raíces foráneas, ya sean directas o de segunda o tercera generación, hasta que de nuevo haya facilidad para la instalación en nuestros países de nueva población foránea en números considerables. Ya ha ocurrido en el pasado. También en esto ha habido y hay ciclos, con flujos y reflujos, como en la economía, la política o las modas sociales. Así, en los EE.UU., país construido principalmente por inmigrantes / colonos —además de por los descendientes de esclavos africanos y los nativos amerindios—, en los años 20 del siglo *xx* se cerraron las puertas a la llegada masiva de extranjeros. Durante los 40 años subsiguientes, en el coloso norteamericano se realizó un esfuerzo de «melting pot» (integración) de la población con raíces extranjeras residente. Y a partir de los años 60, volvió a recibir grandes oleadas de inmigrantes. Si algo parecido ocurrirá en esta década y futuras en Europa, es algo que no se puede prever.

En cuanto a la reciente crisis de los refugiados en sí, entendidos como las personas que marchan de su país por haber riesgo para su vida / seguridad personal por razón de guerras o tiranías políticas (a diferencia de la emigración por motivaciones esencialmente económicas de europeos del Este, magrebíes, subsaharianos, asiáticos o iberoamericanos, con la excepción parcial en estos últimos en cuanto a sus motivaciones de los venezolanos

y cubanos, etc.), que ha vivido Europa desde 2015, con la llegada masiva de personas procedentes de Oriente Próximo, en síntesis, cabría decir lo siguiente:

- Una amplia mayoría de países de la Unión Europea, liderada por Alemania, ante un tremendo problema humanitario —una riada de personas que escapaban, principalmente, del infierno que se vivía en Siria—, decidió distribuir el contingente de refugiados por cuotas proporcionales entre los países miembros de la UE. En paralelo, se cerraron acuerdos con Turquía para reducir el volumen de esta marea humana, muy mayoritariamente musulmana, que fluía hacia Europa.
- El gobierno alemán impulsó esta decisión movido por una mezcla de genuinas razones humanitarias y de mejora de la imagen internacional como país «duro» —que arrastra desde el nazismo y el militarismo de los tiempos de la Primera Guerra Mundial y años previos— y tal vez de su propia canciller, y de consideraciones demográficas («necesitamos mano de obra por el envejecimiento de nuestra población y la pérdida de personas en edad de trabajar»). Asimismo, en línea con la segunda de estas razones, muy probablemente influyó en el ánimo de la canciller alemana la necesidad de suavizar su imagen de persona inflexible, tras una aparición televisada en julio de 2015 en la que dijo a una niña palestina que ella y su familia no podrían quedarse en Alemania, tras lo cual la pequeña rompió a llorar⁵.
- Esa decisión generó una fractura en el seno de la UE, principalmente, entre los grandes países occidentales y varios de Europa del Este (el denominado «grupo de Visegrado»). Además, pudo contribuir de manera decisiva a que en el referéndum británico sobre la continuidad de su país en la UE ganase la opción del «Brexit», por el temor incrementado a la llegada de extranjeros menesterosos y musulmanes a su país, y por el resquemor que producía la sensación de que Alemania —su antiguo enemigo— imponía su voluntad en la UE.
- En Alemania, país al que correspondía el mayor contingente de refugiados, la llegada masiva de estos provocó una oleada de miedo y rechazo en buena parte de la población. Esto, entre otras cosas, ayudó, como ya se apuntó, a que emergiese electoralmente el partido AfD, a la derecha de los democristianos de la CDU.
- Por su parte, los refugiados, entre la bienvenida oficial de las autoridades alemanas, y su imagen de país próspero y sólido, optaron de manera muy mayoritaria, en una cuantía superior al millón de personas, por reubicarse allí. Como consecuencia de ello, la llegada de refugiados a los demás países de la UE alejados de Grecia y las naciones geográficamente

⁵ Véase <http://www.lavanguardia.com/internacional/20150716/54433953707/merkel-llorar-nina-refugiada-no-podeis-venir-todos.html>. En muchas ocasiones, incidentes inesperados como este, ahora habitualmente llamados «cisnes negros», alteran el curso previsible de la Historia. Tal vez en este caso haya sido así en el tema de los refugiados.

más cercanas al conflicto, fue muy inferior a la prevista en los acuerdos de reparto de los refugiados entre las naciones de la Unión Europea⁶.

- Los países que se están viendo afectados más directamente por la llegada de refugiados por vía marítima, procedentes de países en situación catastrófica (como Siria o Libia) han sido Grecia (y hacia el norte, otros países balcánicos, Hungría y Austria), e Italia (en este caso, por la cercanía a Libia).
- En España, las cifras de solicitud de asilo desde 2015, aunque muy superiores a las de años anteriores, han sido relativamente escasas si las comparamos con las de otros países de referencia en la UE, y no digamos con Alemania. Asimismo, han sido muy reducidas en comparación con las cifras totales de inmigrantes. En concreto, en España hubo en 2016 un total de 15.755 solicitudes de asilo, cifra récord en nuestro país. En ella figuraban demandantes que procedían de Oriente Próximo o África, pero también un buen número de naturales de Venezuela, la nacionalidad con más demandantes de asilo en España (3.960), seguida de Siria (2.795), Ucrania (2.570), Argelia (740), Colombia (615), El Salvador (425), Honduras (385), Palestina (355), Marruecos (340) y Nigeria (285)⁷. De las resoluciones favorables en 2016 (por peticiones de asilo presentadas ese año o pendientes de resolver de años anteriores), 6.855 en total, 6.215 correspondieron a ciudadanos sirios. Fueron rechazadas 3.395 solicitudes.

Lamentablemente, es posible que en los próximos años y lustros haya nuevas crisis de refugiados, aunque tal vez no de la magnitud de la de 2015-2016. Y seguirá llegando a España inmigración ilegal muy pobre —y poco cualificada a efectos de su eventual integración laboral— por vía marítima procedente de África, además de la que trata de cruzar, y esporádicamente consigue traspasar, las vallas fronterizas de Ceuta y Melilla. Para contener estos flujos y que no alcancen proporciones descontroladas por su magnitud, además de la acción española diplomática y de cooperación directa con los países subsaharianos emisores, como Senegal, el país clave para nuestra acción exterior es Marruecos, de donde procede la colonia inmigrante africana más numerosa en España, y de cuya actitud depende en muy gran medida que sea o no posible la moderación en los flujos de llegada de inmigrantes subsaharianos.

⁶ Incluso Suecia, que en años previos a 2016 tal vez había sido el país más favorable de todos a la llegada de refugiados, con un 12,3 % de las solicitudes totales de asilo en 2015, se vio eclipsada por el atractivo de Alemania para los refugiados en 2016, año en el que los solicitudes en el país escandinavo cayeron al 2,3 % del total. Algo parecido, pero por otros motivos, ocurrió con Hungría. En 2015 recibió un 13,4 % de todas las solicitudes de asilo en la Unión Europea, pero en vistas de la escasísima disposición de sus autoridades a albergar nuevos refugiados en su suelo, estas cayeron en 2,4 % del total en 2016. Por su parte, Alemania pasó de 476.510 solicitudes de asilo en 2015 (un 36 % del total de las presentadas en países de la UE ese año), a 745.155 en 2016 (un 59 % de todas las presentadas en la UE ese año). Son datos de las estadísticas de sobre refugiados y asilo de Eurostat.

⁷ Véase <http://www.europapress.es/epsocial/migracion/noticia-espana-registra-nuevo-record-solicitudes-asilo-2016-15755-90-aceptadas-son-sirios-20170313112914.html>

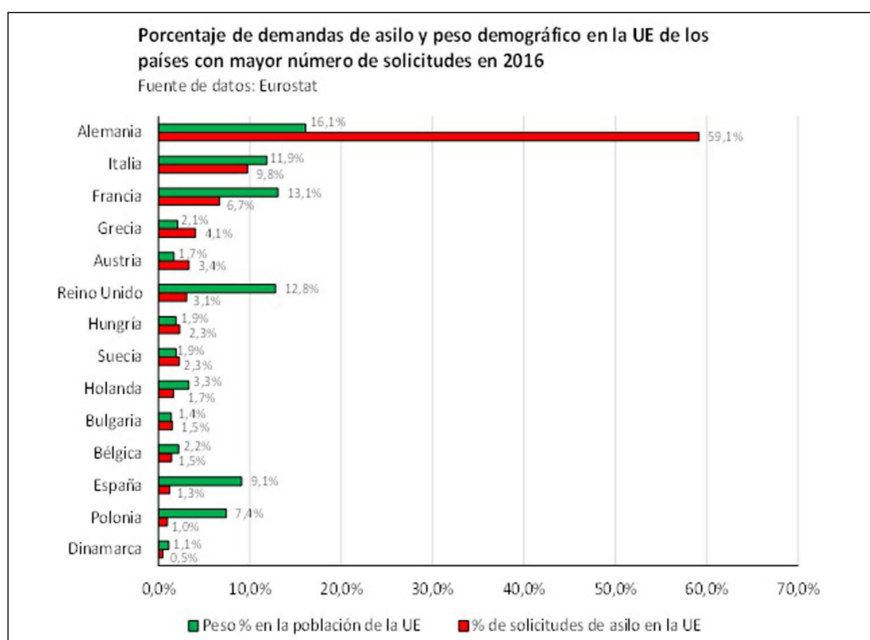


Figura 3.5. Porcentaje de demandas de asilo y peso demográfico en la UE.